

En *Fermentación estática* se reafirma la vocación poética de Beckett

José Alberto Castro

El día 22 de diciembre de 1989, en un hospital de París, ciudad en donde vivió gran parte de su vida, murió Samuel Beckett. Obedeciendo el deseo y la voluntad del célebre dramaturgo, tanto su deceso como su entierro se guardaron en el más absoluto secreto. Tres días después, cuando su cuerpo descansaba inerte bajo la tierra, el mundo se enteró de la desaparición física de uno de los grandes escritores del presente siglo.

Ocho meses antes, en el mes de abril, Beckett fue noticia en las páginas culturales de la prensa europea. La información difundida en esa ocasión señalaba que, después de cinco años de silencio editorial, el

autor de origen irlandés había entregado a la imprenta —de nueva cuenta— un texto de 1 800 palabras.

El nuevo y ahora al parecer último libro del novelista y genio del teatro breve se intitula *Fermentación estática* (*Stirrings Still*), y fue publicado por John Calder. En la primera y hasta el momento única edición se tiraron 200 ejemplares, y el costo de cada libro alcanzó la suma de 1 800 dólares.

La considerable ganancia por la venta de esta obra se destinará a Barney Rossett. Hace algunas décadas, Rossett fue el editor norteamericano de las primeras obras de Beckett, cuando era dueño de la editorial Grove Press. Al paso de los años, el editor trabó una profunda amistad con el desaparecido escritor.

En los últimos meses de 1988, Rossett tuvo que ceder su casa editorial a la empresa Weidenfeld and Nicolson, una poderosa compañía financiera y editorial que se ha constituido sobre la base de absorber pequeñas editoriales. En un gesto de solidaridad admirable, Beckett decidió echarle una mano a un viejo amigo, que era víctima de una gran maniobra financiera. Por esta razón, el autor de *Esperando a Godot* propuso que su más reciente obra tuviera un tiraje limitado y un precio elevado en la venta de cada volumen.

Fermentación estática es un texto que viene a reafirmar, no sólo la vocación poética de Beckett, sino también su enorme maestría como hacedor de relatos. Erróneamente las reseñas periodísticas que informaron sobre la muerte del escritor ponderaban al dramaturgo, olvidándose de su faceta como novelista y excelente narrador.

Tanto las obras de teatro como las novelas y los relatos breves, así como los guiones para cine, radio y televisión, componen el fascinante universo de la obra escrita por Beckett. Todas ellas son piezas literarias inquietantes, que se sitúan al borde de la nada; por ejemplo, *Malone*, cuya acción tiene lugar (quizás) justo antes, y *El innombrable* (quizás) justo después de su muerte; *Molloy*,





Esperando a Godot, *Fin de partida* y *Textos para nada* se desarrollan (quizás) en una especie de limbos. Digo quizás porque con Beckett nada es seguro; el mismo Beckett no está seguro de nada y sus personajes, todavía menos. Tal vez por esta característica se podría concluir que las ficciones de Beckett se ubican dentro de una perturbadora ambigüedad.

Fermentación estática está concebida con esa magia, una ambigüedad que todo lo trastorna y lo vuelve incierto; un relato deslumbrante, en donde se expresa un autor que se encuentra en el polo opuesto de los escritores que endulzan y embellecen la realidad. En *Fermentación estática* se habla de un hombre que se despide del mundo terrenal. Un individuo solitario que vive despojado de los deleites materiales e ilusorios que hacen tolerable la existencia. Un hombre cualquiera que deja atrás la vida y se enfrenta —en la última batalla— con la idea obsesionante y desnuda de la muerte.

Fermentación estática es un texto del que se escribirá mucho. Todas las obsesiones de

Beckett están contenidas en esa narración que apenas alcanza 1 800 palabras. Ahí el lector se encuentra “con la escritura de un hombre que intenta llegar al silencio usando las palabras”, según afirma Renato Oliva. Idea que bien podría definir toda la obra de este singular artista, cuyo nombre ha estado asociado a las palabras incomunicación, soledad, silencio, indiferencia, impotencia, inmovilidad y absurdo. Un autor cuyos personajes son siempre vagabundos, paráliticos, ciegos, viejos y desahuciados, metidos en basureros. Un escritor que ha creado situaciones frente a las cuales no podemos ser indiferentes y estamos obligados a usar el cerebro para comprenderlas.

Descanse en paz Samuel Beckett, el amigo y discípulo de James Joyce. El escritor que vivió escondido en los alrededores de París, huyendo de la publicidad, obsesionado por el misterio de su vida, celebrando como en sueños y de manera casi imposible de oír, a fuerza de altura y lejanía, al hombre que es ensueño y silencio.